

**EL 15 DE JULIO DE 1890, EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, EN LA REVISTA *LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA*, PUBLICÓ UN ARTICULO DEDICADO A SU PAISANO, EL INSIGNE LUIS VELEZ DE GUEVARA, BAJO EL TITULO DE. "LA CASA EN QUE NACIÓ EL AUTOR DE "EL DIABLO COJUELO"<sup>1</sup>.**

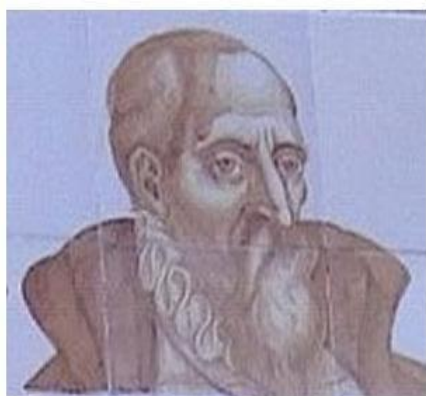
**Agosto 2019  
Ramón Freire Gálvez.**

Sigo con el insigne escritor y poeta ecijano Benito Mas y Prat. En otros artículos recopilados, hemos tenido conocimiento de su magisterio poético y literario, dejando anotado que dos años antes de su fallecimiento, concretamente en 1890, padeció un ataque de locura, que le obligó a ser ingresado en un hospital psiquiátrico, lo que hizo necesario disponer su ingreso en el manicomio del Doctor Esquerdo de Madrid. Pues bien, tal como indica la propia nota al pie de esta página, este artículo, precisamente dedicado al ecijano Luis Vélez de Guevara, fue uno de los últimos que escribió Mas y Prat antes de que la enfermedad le dejase imposibilitado y que a continuación reproduzco:

### **LA CASA EN QUE NACIÓ EL AUTOR DE "EL DIABLO COJUELO"**

1

¿Quién no conoce a Vélez de Guevara? ¿Quién no sabe de memoria las aventuras del licenciado D. Cleofás Pérez Zambullo, protagonista de ese libro genial, que es, sin duda, la primera muestra de la novela crítica naturalista, que en nuestros días ha venido a tener tal predicamento?



**Luis Vélez de Guevara.**

La figura de Vélez de Guevara tiene las líneas simpáticas de Quevedo, sin tener sus jorobas físicas ni morales; era, según sus biógrafos, apuesto y gracioso, gran perseguidor de rebocillos y de guardainfantes en el Prado, y amigo del juego y de la espada.

Nació en Écija, rica y antigua ciudad de Andalucía, en el mes de Enero de 1584, y marchó a Salamanca y después a Madrid, donde permaneció desde muy joven, estableciéndose allí para dedicarse al foro. De esta época de Guevara se cuentan genialidades que le hicieron célebre, porque

---

<sup>1</sup> El presente artículo es uno de los últimos trabajos literarios del señor Mas y Prat, escrito semanas antes de que el erudito literato sevillano experimentase la perturbación mental que hoy le aqueja. ¡Dios sabe cuán vivamente anhelamos que recobre la razón nuestro desventurado amigo y compañero! (*Nota de la R.*)

tenía, como Beaumarchais, el togado e ingenioso autor de *El Barbero de Sevilla*, la costumbre de burlarse de escribas y fariseos, tanto desde el escaño de la sala de actos de justicia, como en sus libros más celebrados.

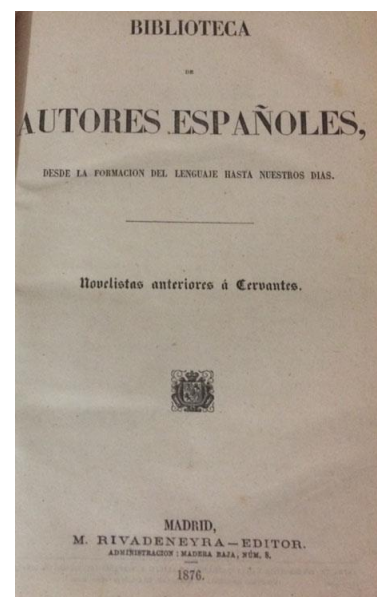
Cuéntase por uno de sus biógrafos que una vez salvó la vida a un condenado a muerte, por haber hecho de él una defensa intencionada y casi chistosa; el ingeniero del orador, abriéndose paso en el ánimo de los jueces, e insinuándose de ese modo con que la intención y el talento obran en el corazón humano, hizo que las lágrimas se volvieran casi en carcajadas.

Este y otros triunfos alcanzados le proporcionaron amistades en la corte de Felipe IV con principales personajes que acabaron por llevarse a Palacio y presentarle al Rey, que, como legista y más como poeta dramático, le recibió benévolamente. Había escrito ya en esta época algunas comedias y dado viajes a Andalucía, primero a Écija para visitar su pequeña casa solariega, que hoy, si es realidad aquella, cabe dentro del escudo que ostenta en su frontispicio y después a Sevilla, donde tenía amistades con algunos literatos de su tiempo, y a la que profesó siempre tal simpatía, que le dedicó uno de aquellos interminables parlamentos kilométricos que hoy no podemos resistir, y que el público del Ingenio de la Corte se tragaba tranquilamente, comiéndose al par un puñado de madroños, algunos adarnes de garbanzos tostados, o el contenido de la limeta de una botillería de las de la calle del Turco o de la plaza de la Paja.

Este parlamento, que es una verdadera apoteosis de Sevilla hasta en sus menores detalles, coge casi cuatro páginas de la edición de *Autores Españoles* de Rivadeneyra, y demuestra que conoció a Sevilla perfectamente y pasó en ella también largo tiempo. En efecto en la capital de la Bética se representaron sus obras y una de las mejores es de asunto puramente Sevilla, *El Diablo está en Cantillana*.

He aquí un trozo del parlamento a que nos referimos y que se leerá con gusto por los que aman las perlas de nuestro teatro clásico:

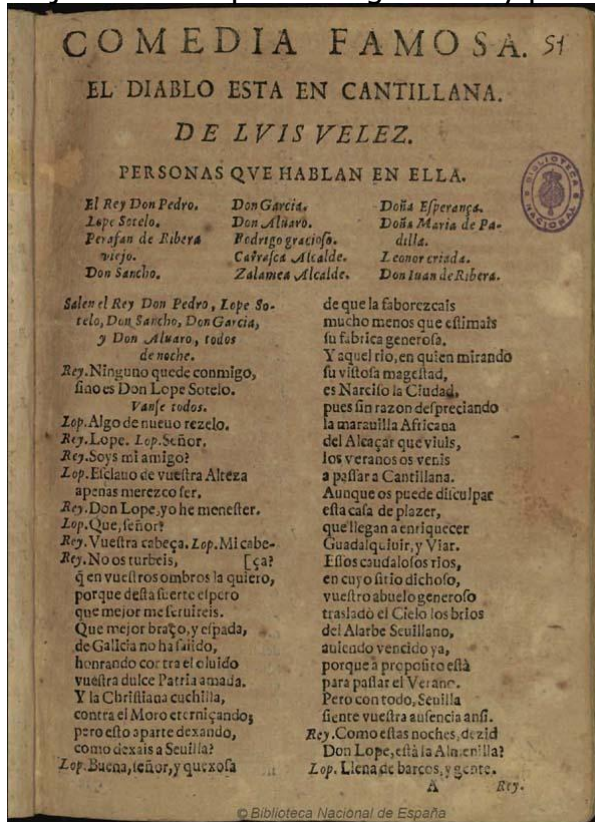
Desde la Torre del Oro,  
Por insigne celebrada,  
A quien sirve el sordo Betis  
De limpio espejo de planta,  
Hasta esta forma puente  
Por el río se trasladan  
Dos selvas de árboles secos  
Donde las hojas son jarcias,  
Desde donde el año todo  
Compiten con otras tantas,



Al zafiro de los Cielos  
Con dos cielos de esmeraldas.  
Aunque dentro de sus muros  
La primavera se halla  
Tan bien, que ha jurado ser  
De Sevilla ciudadana;  
Entre cuyos edificios  
Al blanco Enero acompañan,  
Abril vestido de verde,  
Y el Sol bordado de nácar.  
Veintitrés mil casas tiene,  
Y es del agua la abundancia,  
Tan grande, que pienso que hay  
Tantas fuentes como casas.  
Tan hidrópica es su sed,  
O su vecindad es tanta,  
Que un río entero se bebe  
Sin que al mar le alcance nada.  
Que es el dulce Guadaira,  
Que el muro a Sevilla asalta  
Por los caños de Carmona  
Con cristalinas escalas,  
Cuyas aguas, porque nunca  
A pagar tributo salgan  
Al mar, dentro de sus muros  
Las hace Sevilla hidalgas.  
Su iglesia mayor, que fue  
Mezquita alarbe y mosaica  
Laboren fábrica ilustre  
A la de Éfeso aventaja,  
Cuya gran torre parece,  
Por artificiosa y alta,  
O pasadizo del Cielo  
O que es del Sol atalaya.  
Cuando pintor quiso Ovidio  
Del Sol la luciente casa  
Con columnas de Epíropos,  
Pintó su famoso alcázar,  
En cuyos estanques fríos,  
Desde la noche hasta el alba,  
Le aconsejan las estrellas  
Y se enamoran las plantas.  
Y donde cisnes y peces,  
Cambiando plumas y escamas,  
Hacen con flores y murtas  
Tornasoles de las aguas;  
Sin mil edificios bellos  
Que son gigantes sin alma,

Que a competencia del Cielo  
 Sobre el viento se levantan;  
 Tiene Sevilla, en efecto,  
 Trece puertas, once plazas,  
 Mil calles, doscientos templos,  
 Que a la antigüedad espantan.  
 Es fértil, alegre y rica,  
 Insigne en letras y armas,  
 Y no ha menester la Corte  
 Para ser del mundo patria.

Sus comedias más celebradas han sido tres: *El Ollero de Ocaña*, en que hay un cuento originalísimo, cuyo protagonista tiene graciosa inventiva contra jueces y empleados de aquel tiempo; *Reinar después de morir*, cuyo asunto dramático está perfectamente llevado y *El Diablo está en Cantillana*, que es la mejor de todas por su originalidad y por su gracejo.



Tiene otras muchas menos conocidas, pues la que escribió ascienden a más de un centenar, que consigna el erudito Alberto de la Barrera con nombres y circunstancias, y que se representaron por la servidumbre del Conde de Saldaña, de cuya casa era gentil hombre Vélez de Guevara. Dícese que Vélez fue uno de los poetas con quien consultaba sus ensayos el rey Felipe IV; pero esto no lo hemos visto confirmado por textos serios; es indudable, sin embargo, como consignan varios biógrafos, que este escritor tuvo gran predicamento entre los elogio en su *Flor de Ingenio* Lope de Vega. El gran dramático y poeta lo citada así:

4

Ni de Écija dejara  
 El florido Luis Vélez de Guevara  
 De ser un nuevo Apolo,  
 Que pudo darle solo  
 Y solo en sus escritos.  
 Con flores de conceptos inauditos,  
 Lo que los tres que faltan,  
 Así sus versos de oro  
 Con blanco estilo la materia esmaltan.

También el doctor Pérez de Montalván, a quien puso en su *Perinola* Quevedo de ropa de pascua, tuvo elogios para Luis Vélez de Guevara, y celebró lo que él llamaba *arrojamientos de Luis y versos excelentísimos y bizarras*.

Vélez de Guevara realizó lo que pocos escritores consiguen con éxito, y fue dominar la rima y la prosa con la propia fortuna. Modelo de estilo entonces son algunos trozos de sus dramas, y no hay nada más correcto ni más gracioso que su *Diablo Cojuelo*, publicado por primera vez en Madrid, con el aditamento de *Memorial de la otra vida*, en 1648, y que apenas apareció causó una revolución en la sociedad de su tiempo. La dificultad que ofrece al poeta escribir grave y serio; el purgar la prosa correcta de esos floreos atrevidos que permite la musa y que el verso acepta; la radical diferencia que existe entre la inspiración y la meditación, no fue óbice para que Vélez de Guevara venciera en ambas líneas, para que escuchara aplausos por su *Reinar después de morir* y su *Diablo Cojuelo*. En el archivo del Duque de Osuna se conservan el



autógrafo de *La Serrana de Vera* y varios otros trabajos de gran valía, en prosa y en verso; pero el *Cojuelo* es su obra maestra. Dicha novela estereotipa su época; la vida que respiran los personajes aquellos de chambergo y lazos en las rótulas, es la vida real; Asmodeo, el diablo cojuelo, al levantar las techumbres de las casas desde la torre del Salvador, toca también los corazones de los que velan y los que duermen, y los abre a la curiosidad de Zambullo con delicia verdaderamente diabólica. ¡Casi los despierta al eco de sus carcajadas!

5



El éxito del *Diablo Cojuelo* provocó la emulación francesa y *La Diable Roileux* apareció tras los Pirineos, acomodado a su lengua por Lesage. Debemos advertir que en aquella fecha no había contratos literarios entre España y Francia, y el sistema de Lesage, que también hizo presa de *Gil Blas de Santillana*, era de lo más socorrido y de lo más cómodo para el literario merodeo.

Feliz debió ser en vida Vélez de Guevara, porque alcanzó la avanzada edad de setenta y dos años, muriendo en la corte el año de 1646. Veamos ahora sí, ya que ignoramos dónde se hallan sus restos, podemos inquirir en la visita que hacemos a Écija, su ciudad natal, donde vio la primer luz, y cuáles fueron sus antecedentes familiares.

## II.

Es Écija una ciudad que guarda en su seno con gran cariño el recuerdo de lo que fue. En las fachadas de sus infinitas casas solariegas está la historia de sus hijos. Un mundo de escudos de piedra, que guardan timbres nobiliarios y recuerdos de acciones heroicas, trae a la memoria dos etapas principalísimas. Dejando aparte la época romana y la época de la rota del Guadalete, en que Écija o Astigis, figuró brillantemente en la historia y ciñéndonos solo a la conquista de Granada y a las guerras de Flandes, daremos un paseo por aquella ciudad que fue una de las más nobles y espetadas de la región andaluza.

A poco que el turismo penetre en el centro, le salen al poseo edificios que acusan, no solo su antigüedad, sino su poderío en la época de los Reyes Católicos. Reminiscencias de dicha época, hay en las fachadas de un sin número de casas habitadas por los descendientes de los Chacones, de los Lasos de la Vega, de los Ponce de León, de los Aguilares, de los Cárdenas, de los

*Garcilaso de la Vega*

Portocarreros, de los Castros, Cuevas, Angulo, Villasecas, Tellos, Fuenmayor, Figueroas y otros muchos apellidos que aún son familiares en la antigua colonia romana, que hoy se asemeja a la

solitaria Pisa. Maravilla ver por todas partes, en las fachadas de las casas, que ya describiremos minuciosamente en otra ocasión, tantos escudos grandes y bien labrados, tantas señales de pasadas noblezas. Nada hay más curioso que las fachadas de las casas que pertenecieron a los Lasos, y en uno de cuyos solares nació el célebre Garcilaso de la Vega; sus frontispicios, labrados ya al estilo del Renacimiento, y ostentando figuras y hojarascas en piedras grises en un todo semejantes a la casa de Castril en la Carrera del Darro; los escudos de la progenie de esta familia, que coronan los frontis de los balcones de ambas casas, y en los que ven las banderas de los Mendozas de la Vega, con el *Ave María* de los cuarteles de los Lasos de la Vega; los elementos que acusan ya la transición de la época de los Reyes Católicos, interpretada por caballeros montados, cadenas, guirnaldas y mascarones, preparan sin duda la curiosidad del viajero para admirar la primorosa fachada de la casa de Villaseca, que es una transición al plateresco de lo más bello que se conoce en Andalucía, y la cual ha sido poderosamente elogiada. No es todavía ocasión de que os describa con nimios detalles y piedra a piedra todas estas curiosidades que ya van cayendo en desuso, y las cuales pedirían un libro entero; pero así, al paso, como fantasmagoría de otras edades, haremos desfilar todavía algo de lo que se nos ofrece, caminando hacia el que es probable que fuese hogar de nuestro dramático y poeta, Luis Vélez de Guevara.



Hay en la calle de Caballeros, la misma en que se alza el precioso arco que parece el borde de un plato cincelado por Benvenuto Cellini, y sobre el cual se halla el escudo de los Villasecas, en el que campea la mano asomada a la murada y la doble águila coronada, una porción de

fachadas curiosísimas, todas adornadas de escudos y de memorias del Renacimiento y de la edad del hierro.



Las armas de Ponce de León que son partidas en palo, león de púrpura en campo de plata y bastones de Aragón con colores reales, orlas de escudos de oro y fajas azules; las de un solar desconocido que tiene en su cuartel flechas y un corazón atravesado; las de Peñafior en las que se dan timbres heráldicos de lo más escogidos de la nobleza andaluza; la de los Marqueses de Alcántara, cuyos escudos están sembrados de cruces de la orden y de recuerdos de la Tierra Santa; otros escudos familiares se eslabonan en los patios y en los atrios, y por cualquier calle transversal de esta vía, que es de las principales, se repiten los timbres nobiliarios; haciendo un ligero rodeo, se hallan al paso los blasones pareados de los caballeros Tellos; en sus óvalos se ven, adornando una portada de arco rebajado y apuntado del tiempo de los Reyes Católicos, leones que debieron destacarse en campo de plata, la cruz de los Palestinos y el pino simbólico.

Ya es hora, después de estos ligeros apuntes, que demuestran la particularidad que distingue al primer pueblo de la provincia de Sevilla, de que nos detengamos frente a la casa que, según todas las probabilidades, perteneció a la familia de los Vélez, y en la cual debió vez la luz el insigne Luis Vélez de Guevara.

En esta, la que se halla siguiendo por la calle de Caballeros, hacia el puente sobre el Genil, y entrando a la derecha por la calle llamada también de la Puente. Al detenernos ante la fachada de la casa número 13 de dicha calle, vemos una portada, renovada al parecer recientemente, y cuya puerta cobija



un frontispicio de ladrillo cortado, pintado de azul, en cuyo vano se adosa un magnífico escudo señorial, de granito gris, de cerca de dos metros de altura, desde la cimera a la punta, y en el que se revela el buen gusto del Renacimiento.

Artístico escudo con amplio y flotante plumaje, que cubre la línea superior del escudo, corona el cuerpo encuadrado en grandes labores, formadas de curvas ceñidas por cadenas heráldicas, que aprietan cuernos de abundancia. Dicho escudón se parte en tres cuarteles sobre el palo; y apoyándose en la cabeza de la vertical, aparece otro escudo con escaques, a cuyos lados se destacan dos estrellas radiantes. En el gran cuartel de la

derecha, y como verdadera originalidad heráldica, supuesto que las figuras de cuerpo entero no suelen abundar en el blasón, se ve un caballero armado de punta en blanco, embrazando un lanzón y como *velando* las armas en la poterna de un castillo almenado. Esta figura es delicada, y tiene el carácter propio del resto de este escudo; en el cuartel opuesto hay una especie de árbol cuyo tronco consumen las llamas. El mal estado de la parte baja del primer cuartel dificulta saber si bajo el saliente de la poterna donde el caballero *vela*, hay tres cabezas de perro o de moros; creemos que deben ser perros, porque esto estaría en armonía con el simbolismo que el escudo encarna.

Abarcando el conjunto y descifrando el símbolo, pues no me ha sido posible hallar este escudo en Argote de Molina, que reseña todos los de la nobleza andaluza en el curioso libro *Títulos y Nobles y Reyes de España*, que he repasado en el archivo de la casa de Peñaflores, en varios de los textos que sirvieron a Argote, ni en el moderno libro de Piferrer, que es en verdad muy rico; diré que me llamó la atención su rareza, y que puse en tortura mi escaso ingenio en cosas de heráldica para saber a qué familia pertenecería aquel escudo que había de ser indudablemente de un apellido ecijano.

La primera operación que hice fue penetrar en la casita a que me referí, y que, aunque hoy muy reformada, acusa al estilo hispano-gótico que va reformándose, pero que persiste aún en la época de Carlos V, y en la cual se ven dos arcos románicos un poco achatados, con labores en el centro y las galerías de tejadillos salientes y pies derechos propios de las casas moriscas de Granada; este patio difiere, como hemos dicho, completamente, y parece tapiado en uno de sus extremos; esta casa ha debido dividirse posteriormente en dos, a juzgar por el pequeño espacio que media entre la galería saliente y los dos arcos citados.

Nada que indique trazas de gran solar tiene esta casa, pues es verdaderamente modesta; pero por las labradas tracerías y las dentadas aristas de las arcadas, se comprende que era uno de aquellos humildes aunque cómodos asilos de los hidalgos poco acaudalados, que vemos todavía en nuestras ciudades del Mediodía de España.

El enorme escudo de la puerta parecer estar en pugna con aquella mansión, como suele ocurrir en las viviendas de los hidalgüelos montañeses, donde hay escudos en cuyos cuarteles enormes pudieran cobijarse las casas; ese dato nos prueba que este blasón heráldico está en razón directa de los usados en Asturias y en la Montaña.





Ahora bien: ¿De dónde proceden los Vélez? Los datos fehacientes que yo he podido adquirir en el libro *Títulos y Reyes de España*, del archivo de Écija, aunque no nos da las armas y el blasón de este hidalgo, nos facilitan datos claros de la progenie, que es asturiana.

D. Sancho Vélez de Cos, Señor de Cos cerca de Treceño y posteriormente del Valle de Escalante, casó con Doña Inés de Guevara y tuvieron varios hijos, uno de ellos fue D. Pedro Vélez de Guevara, capitán de caballos en Flandes, caballero de Santiago, y camarero mayor del emperador Carlos V.

Este sin duda fue el padre de Luis Vélez de Guevara. Divididos los señoríos de Guevara y Vélez, quedaron dos ramas, la una la de los señores de Cos y la otra la de Guevara.

De la rama de Vélez no existe el escudo en las notas heráldicas que conocemos, porque los señores de Cos no salieron acaso de sus pequeños dominios, y sólo la rama Guevara llegó por el favor del Rey a tener importancia y predicamento; por eso no figura en los libros el escudo de los Vélez de Cos, que es el que pertenece a Vélez de Guevara por la línea paterna.



Esto no tiene nada de extraño; en un libro publicado recientemente acerca de *La Nobleza de Guipúzcoa*, se leen ciertas aseveraciones, cuya realidad sale al paso al buscar las armas de los Vélez de Cos o de los Vélez de las Dueñas, que así llaman algunos a Luis Vélez de Guevara. Helas aquí para darnos cuenta de este fenómeno:

“Es condición de los estudios arqueológicos la de quedar siempre indefinidos, pues por reducidos que sea la materia sobre que versan, no es posible cerrar la puerta a las investigaciones que una voluntad constante puede llevar a cabo, ni a los descubrimientos que una feliz casualidad puede producir en un momento dado.

A pesar de que damos a conocer más de 500 escudos solares de Guipúzcoa, nuestra obra dista mucho de ser completa, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta el gran número de casas ilustres que han florecido en nuestro país y las escasas noticias que de ellas nos quedan.”

Esta opinión del Sr. Guerra, comprobada después, según el mismo afirma en su obra *Diccionario Heráldico*, basta y sobra para disculpar al que ya no puede afirmar más que con lógica hipótesis que el celebrado Luis Vélez de Cos, de las Dueñas o de Guevara naciera en la casa de la calle Puente, núm., 13 donde se halla el escudo familiar, que es indudablemente el de los Vélez de Cos, por ciertos antecedentes de comprobación heráldica e histórica.

Los señores de Cos ganaron castillos a moros, y, según escritos existentes en antiguos recuerdos nobiliarios de Asturias escritos por un clérigo de aquel punto, veló en uno de ellos las armas un Vélez después de la batalla.

Del escudo señorial que podemos examinar en Écija, y de cuya existencia no da cuenta ningún texto ni croquis de heráldico, resulta claro el simbolismo del apellido que nos ocupa, y vamos a tratar de probarlo.

Dejando aparte el escudo de escaques que corona el palo del escudo, y que se repite en los libros de heráldica en muchas familias, no he podido hallar hasta la fecha ningún escudo que se apropie del apellido *Veles* o *Vélez*, como el que citamos.

En blasón el símbolo es constante. Los Aguilares tienen las águilas; los Mesas, las mesas; los Abarcas las abarcas; los Osorios los osos; los Lazos, el *Ave María* que recuerda la mayor de sus hazañas; los Ponce de León los leones; los Roelas, roeles; los Castillos, castillos; los Girones cinco escudos de girones y orla escusada; los Fuencirios, una fuente luminosa; los Chaves, llaves; los Saltos, un león que saltó un castillo para echar la garra a un águila; los Gallos, tres gallos que cantan el alba. Si esta relación no se hiciera interminable, compendiaríamos los apellidos de todos esos nobles con sólo meditar un poco en estos anagramas.

El escudo de los Vélez de Cos o de Dueñas, que ya sabemos que falta en los libros de heráldica más conocidos y afamados, y que corona aún en magnífico estado la casa núm. 13 de la patria de Luis Vélez, el célebre autor del *Cojuelo*, es un símbolo heráldico de la *Vigilancia*. Las dos estrellas radiantes que se ven al lado del pequeño escudo de escaques, acusan la vigilante mirada de los astros durante las noches estrelladas, el árbol ardiente, las fogatas y hogueras del campamento que sirven para *velar* en los momentos de peligro; el caballero con la lanza al brazo y vestido de todas armas que guarda la poterna, no hay que decir, que si no vela sus armas, vela por la seguridad de la fortaleza y simboliza el cuidado que *desvela*.

¿Cuándo fue ese escudo a Écija? ¿De qué modo tan raro ejemplar ha pasado desapercibido por los que estudian estas cosas en tanto tiempo? No sé si en un pueblo habrá alguno que se oponga a la hipótesis que he hecho al tratar de ver en ese escudo la señal de la habitación que pudo pertenecer al gran dramático; pero es claro que si allí se halla desde el siglo XVI como parece, es imposible que en otra parte vivieran los *Vélez*.



Cuentan también de Vélez que las primeras letras se las enseñó un fraile de un convento cercano, al cual se refirió en una de sus comedias; yo no he podido encontrar la nota en ninguna de sus obras; solo sé que enfrente de su casa, y viéndose desde la misma puerta del pequeño zaguán, se distingue el

